

MENSAJE A LOS CATÓLICOS CUBANOS
Y A TODO EL PUEBLO DE CUBA CON MOTIVO
DE SU DESIGNACIÓN COMO CARDENAL
DE LA SANTA IGLESIA CATÓLICA

La Habana, 30 de octubre de 1994

Cuando el Excmo. Sr. Nuncio Apostólico, Monseñor Beniamino Stella, con su acostumbrada bondad y sencillez, me comunicaba hace pocos días que el Papa Juan Pablo II me agregaría al número de los Cardenales en el próximo Consistorio; después de superar esa impresión desconcertante que me han causado siempre los dones que reconozco inmerecidos, comencé a poner en orden mis ideas y lo primero que hice fue no pensar en mí, ni en mis límites, ni en la ausencia de merecimientos propios, sino en los otros.

Ante todo pensé en la Iglesia, a la que sirvo con todo mi amor y toda mi pobreza, y al mismo tiempo mi pensamiento y mi corazón se fijaron en Cuba, en mi Patria querida. Fue así como se hizo un poco de luz en mi interior y pudieron brotar al fin los sentimientos. El primero de todos, de profunda gratitud a nuestro querido Santo Padre, el Papa Juan Pablo II. Gratitud como obispo de esta Iglesia que vive, sirve y siembra el amor en Cuba. A esa Iglesia corresponde este honor, no a mi persona. ¡Cuánto y cuán hondo afecto muestra el Papa en este significativo gesto eclesial para con todos mis hermanos obispos cubanos; al escoger a uno de nosotros para integrar el grupo de sus más cercanos colaboradores!

Sé que mis hermanos en el episcopado agradecen conmigo este don y me ayudarán fraternalmente, como lo han hecho siempre, a prestar este nuevo servicio a la Iglesia y a la persona del Papa. Me apoyo especialmente en aquellos hermanos mayores que tanto me han inspirado en mi ministerio episcopal, cuya entrega admiro y su experiencia necesito. Cualquiera de ellos podría desempeñar mejor que yo esta alta responsabilidad.

La mirada del corazón, y «es *el amor quien ve*», dice José Martí, se fija enseguida en los queridos sacerdotes de esta Arquidiócesis y de toda Cuba, diocesanos y religiosos. Sin esos cercanos colaboradores, nuestro ministerio episcopal es impensable. Nuestra Iglesia vive y crece hoy, en gran parte, por la abnegación cotidiana y sostenida de sus sacerdotes. Un número creciente de diáconos sirve con dedicación a nuestra Iglesia en casi todas las diócesis. Ellos están muy presentes también en mi afecto. Junto a todos estos ministros ordenados, testimoniando con su vida ese Reino de amor, de justicia y de paz que Cristo vino a instaurar en nuestro mundo, están los religiosos, religiosas y miembros de Institutos de vida consagrada que configuran, con sus diversos carismas, el rostro pobre y servicial de Jesucristo presente entre nosotros. A ellos y a ellas, honda gratitud y mi cariño.

Cuando contemplo a todos estos servidores de Dios, en su conjunto, puedo decir con el salmista: ¡qué dicha convivir los hermanos todos unidos!

Estoy seguro que el Santo Padre se ha fijado en la unidad de nuestra Iglesia para conferirle este don en mi pobre persona, por eso lo considero como patrimonio de todos ustedes.

Y no solo de ustedes, sino también de los laicos, que en años largos de fidelidad han enriquecido a esta Iglesia de Cuba de modos tan diversos. Pienso ahora en mis

colaboradores del Arzobispado de La Habana, en los que trabajan en la Conferencia Episcopal, en Cáritas y en otros servicios eclesiales y también en los que, como estudiantes, trabajadores, profesionales, artistas, escritores y en todas las ramas de la vida social, anuncian a Jesucristo con la palabra y el testimonio de su vida, simultaneando a menudo este su quehacer específico, con su participación en la acción pastoral de la Iglesia como catequistas, animadores de comunidades, evangelizadores o aceptando responsabilidades en la Liturgia. Gracias, queridos hijos, por haber hecho de nuestra Iglesia una gran familia, gracias por los esfuerzos que están haciendo por sembrar en sus propias familias y en las familias cubanas ese espíritu de reconciliación, de sosiego y de amor que llena los hogares cuando Cristo Jesús está presente. Mi corazón y todos mis afanes pastorales son para ustedes.

Mi reconocimiento al Santo Padre cobra matices muy particulares al agradecer vivamente como cubano esta distinción que ha querido conferir a mi Patria y que habla también del aprecio del Papa a la Iglesia Católica en América Latina.

El Papa Juan Pablo II ha tenido repetidas delicadezas hacia Cuba y ahora nos ha mostrado de nuevo su cariño con esta decisión que abraza al mismo tiempo a la Iglesia y a la nación cubana.

Son dos amores que llevo muy dentro y que se han entrelazado siempre en mí desde antes de iniciar mi formación al sacerdocio: el amor a la Iglesia, hasta no poder concebir mi vida fuera de su seno maternal, y el amor a mi Patria, lejos de la cual tampoco nunca pude imaginar mi ministerio sacerdotal ni mi simple existencia.

Quizá la distancia de mi tierra natal durante los años de mis estudios teológicos en un país al cual profeso mucho afecto: el Canadá francés, vino a reforzar en mí lo que desde niño había aprendido en la escuela primaria, y que se convirtió más tarde, en el Instituto de Segunda Enseñanza de Matanzas y en las filas de la Juventud de Acción Católica Cubana, en un claro propósito para mi vida: amar sin exclusiones y exaltar todo lo nuestro; no solo las palmas, el cielo, el paisaje o la bondad del clima, sino también los valores de nuestra gente, nuestra historia y tradiciones, cuanto en amabilidad, servicialidad y espíritu jovial nos identifica en el concierto de los pueblos, lo cubano en su raíz y en su flor.

En aquellos años de estudio fuera de mi país, me sorprendí en una ocasión llamándome exiliado ante mis compañeros, que se sintieron heridos, pues ni su trato excelente ni mi condición de estudiante justificaban aquel apelativo. Es que para un cubano estar lejos de Cuba es ser siempre exiliado y la nostalgia nos hace vivir, sin darnos cuenta, con el corazón en nuestra isla. Por eso, cuando digo cubanos, pienso también en los que no están en el suelo patrio.

Primero que todo pienso en estos momentos en mis amigos de antes y de ahora, en mis antiguos feligreses de Cárdenas, de Jagüey Grande, mi pueblo natal, de mi querida ciudad de Matanzas y de toda la diócesis de Pinar del Río, que en mis tres primeros años de obispo se me metió en el corazón. Pero tengo presente de un modo especial mi ministerio actual como Arzobispo de La Habana, mi más largo servicio a la Iglesia y a mi pueblo: trece años al frente de esta Arquidiócesis donde tanto cariño y calor humano he encontrado en sus pueblos grandes o pequeños y en la gran Ciudad. No se borrará nunca de mis recuerdos, ni de los de muchos de ustedes, cómo esta Arquidiócesis acogió con fe renovada la Cruz del V Centenario de la Evangelización; cómo desbordó las calles de la ciudad y de sus pueblos vibrando de emoción y entusiasmo al paso de la Virgen peregrina de la Caridad.

En La Habana se resumen todas las características del pueblo cubano, no solo porque aquí viven hermanos nuestros procedentes de todo el país, sino también porque su condición de capital no le ha quitado nunca la familiaridad a su gente, esa sorprendente capacidad de ser cercanos que los cubanos hemos heredado de nuestros mayores con tantos otros valores cristianos.

Esta es también La Habana cargada de historia donde nacieron el Padre Varela y José Martí, la del Obispo Espada, la del seminario San Carlos, cuna de nuestra nacionalidad, y la del Cardenal Arteaga, mi inolvidable predecesor, transido de cubanía. La Habana que le presenta su rostro al mundo en la fachada llena de gracia de su Catedral, siempre acogedora, siempre como esperando.

Y allí, detrás de sus piedras centenarias, me parece ver a ese pueblo católico que la colma en las grandes ocasiones y escucho aún el ruido ensordecedor de los aplausos de varios miles de cubanos que, en la Misa de clausura del Encuentro Nacional Eclesial, al compás de sus palmadas, gritaban Cuba, Cuba, Cuba, haciendo del solo nombre de la Patria una oración, una súplica. Hago mía esa oración en esta hora difícil para nuestro pueblo. Una oración que incluye, en primer lugar, a los gobernantes del país y a todos los hombres de buena voluntad que desean ayudarnos. Una oración para que todos los que, de un modo u otro, servimos a nuestro pueblo cubano, seamos capaces de hallar juntos los caminos que lo lleven a su plena felicidad. No tengo que esbozar un programa distinto de aquel que proclamó el Encuentro Nacional Eclesial Cubano que, más que dictar líneas de acción, afianzó a la Iglesia que está en Cuba, con decidido espíritu de conciliación, en los caminos de la inserción en nuestro pueblo. Este espíritu, que es también de participación, postula el reconocimiento social de la Iglesia, no únicamente en su función cultural o celebrativa, sino en su misión integral de anunciar proféticamente a Jesucristo, cuyo Evangelio convoca a todos los hombres a la fraternidad, a la Paz y a la Justicia.

Quiero aquí recordar las palabras que el Papa Juan Pablo II dirigió a los nuevos Cardenales en el último consistorio:

«Ustedes, queridísimos neocardenales, sean servidores cuidadosos y apóstoles de esta Iglesia, asociados a mi singular ministerio de Pedro por medio de un título nuevo y más directo.

Su empeño particular será amar a Cristo, testimoniario y hacerlo amar, amar a la Iglesia, defenderla y hacerla conocer.

No es tarea fácil, pero sí noble y exaltante, exige apertura y firmeza, fidelidad y dedicación sin reservas ni vacilaciones, pero esta enriquece a quien la recibe con los más altos consuelos del Espíritu Santo. Solo las personas que viven en sí mismas una auténtica pasión por Cristo y por el hombre pueden recorrer ese itinerario tan exigente de santidad, que les lleva a hacerse servidores de todos y a dar, como Cristo y en Él, “la propia vida para la redención de muchos”».

A sus oraciones, queridos hermanos y hermanas, me confió para cumplir este nuevo servicio al Señor y a su Iglesia.

Al concluir este mensaje hay dos amores singulares que no puedo pasar por alto en estos instantes de recuento y oración: mi madre, que me ha acompañado la mayor parte de mis treinta años de sacerdocio. Ella es también un don incomparable que me

ha hecho el Señor. Y mi madre del cielo: la Virgen de la Caridad, Patrona de Cuba que, en su imagen de El Cobre, es para todo católico cubano un símbolo patrio que conjuga dulcemente, con abrazo maternal, el amor a Dios y a la Patria.

Al mencionarlas a ellas, a la madre de Jesús y a mi propia madre, quiero honrar a todas las madres y a todas las mujeres de Cuba.

A la Virgen de la Caridad acudimos los cubanos en momentos de lucha o de crisis. A Ella le rezaban nuestros mambises. A Ella le contamos nuestras penas y alegrías en décimas populares y le cantamos con nuestros ritmos. Como Ella quiere ser la Iglesia en Cuba, toda de Dios, toda del pueblo.

A Ella le ofrezco este nuevo servicio a la Iglesia y a mi pueblo cubano que me ha pedido el Papa Juan Pablo II y le pido su bendición de Madre para llevarlo adelante.

Y que Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo los bendiga a todos ustedes.

+JAIME
Arzobispo de La Habana